

se asegura, y por último hay un solo rebaño y un solo pastor: ¡recompensa magnífica al celo de nuestros prelados en defender la unidad del ministerio pastoral así como la de la fe! No es esto lo que pasó en aquellas partes de Europa en que se perdió la fe en el siglo XVI: es cierto que en Suecia, en Dinamarca, y en los principados de Alemania resistió el episcopado las novedades profanas; pero su resistencia no fué tan universal, tan firme ni tan constante como lo ha sido entre nosotros. Ved en particular la Inglaterra; sus obispos ceden, es cierto, mas bien por temor que por persuasión; pero al fin ceden y reconocen en Enrique VIII una supremacía espiritual que el cielo no ha concedido á los príncipes de la tierra: ¡debilidad funesta que jamas han podido reparar! Apenas hubo algunos que se mostrasen fieles hasta la muerte, y de este número fué el sabio y piadoso obispo de Rochester, uno de los mas grandes hombres que habia entonces en Inglaterra. La Francia vió por el contrario á casi la totalidad de sus pontífices oponer una magnánima resistencia, que el cielo debia por fin bendecir y coronar. Cuando se dieron contra ellos los decretos de persecucion, cuando la tempestad comenzó á resonar sobre sus cabe-

zas, un orador pronunció desde la tribuna política estas memorables palabras: „Vosotros los arrojaréis de sus palacios, pero ellos se refugiarán en las cabañas: les arrancaréis su cruz de oro; pero ellos la llevarán de madera, y tened presente que una cruz de madera fué la que salvó al mundo.” No lo olvidaron nuestros pontífices: todo en efecto lo abandonan por seguir la cruz, se conducen como verdaderos discípulos del Salvador de los hombres, y la cruz abatida entónces por todas partes, por todas se levanta despues. Si, señores, la cruz ha triunfado del cisma, de las persecuciones y de los ataques de la impiedad, y triunfará tambien del menosprecio y de la indiferencia.

¿Y cuánto no debe aumentar nuestras esperanzas el maravilloso regreso de los Borbones? No puede ciertamente pensar ningun cristiano que la suerte de la religion dependa únicamente de los que gobiernan, y que estos puedan con servarla ó destruirla segun su voluntad: no, la religion no se apoya en un brazo de carne, como dicen nuestros libros santos (1); se complace, sí, en ser protegida por las potestades de la tierra:

(1) II. Paralip. XXXII, 8.

pero no depende de ellas: la afligen sus persecuciones, pero de todas sabe salir victoriosa. Durante los tres primeros siglos se vió privada de todo auxilio de los señores del mundo; pero á pesar de eso sobrevivió á la caída del imperio romano. Perecen los reyes y los reinos, pero ella permanece; y sería desconocer la mano divina que la ha establecido y la sostiene, creer inseparable su destino del de una familia por Augusta que pueda ser. Pero tambien al considerar que la familia reinante ha conservado siempre la mas profunda adhesion á la fe, y que ha sido restablecida en el trono de sus mayores por una serie de sucesos prodigiosos, no puedo ménos de persuadirme, de que Dios tiene designios de misericordia sobre la iglesia de Francia como tambien sobre esta ilustre casa que se ha gloriado siempre de ser su apoyo.

Bien sabeis, señores, que conmovida la monarquía francesa por los mas terribles vaivenes que jamas han agitado el mundo social, se desplomó por fin sobre sus antiguos cimientos: nuestra nacion devorada unas veces por la anarquía y gimiendo otras bajo de un cetro de hierro, pasó por todos los extremos de licencia y de tiranía: cae al golpe de la cuchilla de los verdugos la mas Augusta de todas las víctimas: an-

dan errantes en tierras extrangeras los restos de la familia real, y veinte y cinco años de destierro y de infortunio pesaban ya sobre su cabeza: los corazones franceses podian, sí, consagrarle sus lágrimas, comparar llenos de amargura su antigua gloria con su humillacion, y felicitar á nuestros padres por haber vivido bajo de sus leyes; pero de tal modo estaba perdida la esperanza, que apenas se atrevian ni aun á concebir deseos en su favor. Inútil fué cuanto se intentó: los esfuerzos mas heróicos no produjeron mas que calamidades, y todos los recursos humanos parecian ya enteramente agotados. En efecto, solo, sin tropas y sin apoyo, ¿qué podía hacer el heredero de sesenta reyes para subir al trono de sus padres? ¿Qué poder tenian todos sus títulos sin la fuerza y contra la fuerza? Podia ciertamente mostrarse mas grande aun que su desgracia, admirar á la Europa por su magnanimidad como por sus luces; pero por último todos los caminos para el trono de Francia parecian estarle cerrados para siempre. En este estado toman de repente las cosas un aspecto imprevisto, conmuévase la Europa entera, marcha sobre la Francia; y veinte pueblos diversos atraviesan nuestras fronteras. En medio de tantos combates y de tantos desastres

¿cuál será la suerte de nuestra patria? ¿Qué será de esta capital? ¿Qué? Dios tiene en sus manos el corazón de los pueblos y de los reyes, y por ellos va á manifestar sus designios ocultos por largo tiempo sobre los hijos de San Luis. Esos torrentes de odio y de venganza que precipitados del fondo del norte y engruesados en su marcha inundaron nuestras provincias, y amenazaban arrasar esta capital, vienen á deshacerse al pié de sus débiles murallas, á la manera que el furor de los mares espira en las arenas de sus riberas. La Francia volverá, sí, á sus antiguos límites; pero tal como es, aun ofrece bajo de la influencia del mismo cielo, de unas mismas costumbres, de unas mismas leyes, de una misma religion y de una misma lengua, la mas hermosa reunion de hombres civilizados que haya alumbrado el sol. ¿Y quién deberá reinar en ella en adelante? ¿Quién? No lo dudeis, reinará aquel á quien reclaman los deseos de la Francia, y al que designa la ley fundamental del estado; cesarán los odios y las rivalidades; cederá la ambicion á la justicia, y los reyes y sus pueblos serán todos franceses. En efecto, el voto de la Europa y la voz de la Providencia llaman á los Borbones, y aparecen en medio de nosotros con las dulces y magná-

nimas virtudes de sus antepasados, con aquella madurez hija de la experiencia y de la desgracia, y con yo no sé qué de mas augusto que los grandes infortunios imprimen en las grandes familias. ¿Quién de nosotros no contempló entonces con sentimientos de una tierna y profunda veneracion á la heroica hija de los Césares, que el cielo restituia milagrosamente á nuestro amor, á la que la grandeza no pudo deslumbrar, y que fué tan magnánima en su desgracia? ¿Y quién de nosotros dejó de exclamar con dulce enagenamiento: ¡oh! todo esto es ciertamente obra de Dios! Aléjanlos de la capital nuevas conmociones; pero un nuevo milagrò vuelve á traerlos: la revolucion y la impiedad bramarán al rededor del trono, pero el trono se consolidará; se tramarán maquinaciones, pero todas se frustrarán. En medio del tumulto y del choque de las opiniones permanecerán indecisos los ánimos, y la nave del estado flotará sobre abismos; pero el cielo la salvará del naufragio. Entre tanto un facineroso oscuro medita entre las sombras y consume el mas horroroso atentado; pero ved al mismo tiempo como se burla el cielo, cuando le agrada, de los proyectos de los malvados; una mano parricida quiso agotar en su origen la sangre de Enrique IV; pero ya

no era tiempo, y una gota se liberta del acero homicida; el malvado creyó dejar una viuda sin esperanza y sin consuelo, pero ya esta llevaba en su seno la fortuna de la Francia: advierte que es la depositaria de las esperanzas de la patria, y una princesa jóven, débil y tímida en la apariencia se convierte de repente en una heroína valerosa; nada la turba ni la desconcierta, y se muestra digna de su elevada fortuna. El cielo habia dado á los corazones franceses yo no sé que especie de certidumbre de que naceria un príncipe que sería el salvador de su pais, y en efecto nace un hijo de Francia concedido por Dios á sus gemidos y á sus oraciones. Así en el hijo como en la madre, y en su conservacion como en su nacimiento, todo es prodigioso; pero ¿cuáles serán los destinos de este niño milagroso? ¿cuáles? Será el rey de su siglo, y el hijo de esta jóven heroína será tambien un héroe: ha gustado al nacer los símbolos de la salud y de la fuerza como el Bearnés, y aquel cuya madre ha excedido en valor á Juana de Alfredo, será digno del padre de su estirpe; sí, será el padre de sus súbditos por su bondad, y será sobre todo su rey por su justicia. Sometido él mismo á las leyes, abatirá cuanto intente hacerse superior á ellas, y no en va-

no llevará la espada. Podrá quizá experimentar mil contrariedades; pero es hijo de una madre, cuyas desgracias no han servido mas que para elevar su alma é inflamar su valor: desciende de S. Luis y de Enrique IV, y sabrá á ejemplo del primero defender su trono contra los rebeldes, ó conquistarle como el segundo. Ante él enmudecerá la impiedad, no porque inquiete las conciencias, lo que solo pertenece á Dios, sino porque averiguará las obras, lo que pertenece á la ley; hará respetar lo que debe respetar todo hombre honrado, y conocerá que un príncipe debe, para reinar él mismo, hacer que reine aquel por quien reinan los reyes. Yo no estoy destinado á ver la prosperidad y la gloria de su reinado, ni aun siquiera veré su aurora; pero puedo á lo ménos saludar desde léjos á este nuevo S. Luis, y regocijarme en su nacimiento, que es como la prenda de la reconciliacion del cielo con la tierra, y de su nueva alianza con el pueblo frances y la familia de nuestros reyes. Sí, aquellos á quienes el impío y el sedicioso querian desechar, serán todavia la piedra angular del edificio: y los Borbones, los padres de la Francia continuarán reinando en los siglos venideros para hacer reinar con ellos la religion. Dios así lo quiere, y si Dios está de nuestra

parte, ¿quién estará contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos* (1)?

No os he ocultado, señores, cuánto deben sobresaltarnos los estragos de la impiedad; pero también es preciso mirar las cosas con imparcialidad, y conocer á fondo todas las disposiciones favorables que el cielo ha inspirado á un gran número de almas. Si las clases elevadas de la sociedad desde las cuales bajó la irreligion hasta las mas oscuras, no hubieran sido ilustradas y corregidas por la desgracia; si todos los hombres notables por su talento abusasen de él para combatir las buenas doctriuas en lugar de emplearle en defenderlas, y si por ultimo poseidos los pueblos de un delirio frenético, tanto en la capital como en las provincias, desechasen universalmente la mano que quisiera curarlos, las llagas de la Francia serian entonces desesperadas, como hablan los libros santos (1), y se podria mirar como incurable el mal que la aqueja hace ya un siglo; pero felizmente no es así.

No diré yo que cuanto por su nacimiento y por las dignidades ocupa el primer lugar en la

(1) Roman. VIII. 31.

(2) Mich. 1. 9.

sociedad, sea sinceramente cristiano, no; pero es indudable que en esta clase se cuenta hoy mayor número de hombres y de mugeres de una virtud eminente del que ántes se contaba; conocen mejor la necesidad de la religion, honran lo que ántes tuvieron la desgracia de despreciar, y á lo ménos el respeto exterior ha reemplazado la irrision y la blasfemia.

Es cierto, por desgracia, que en el mundo sabio y literario se abusa con exceso de la ciencia y del talento, y que en él se encuentran demasiadas plumas licenciosas é impías; pero también es preciso reconocer que en el dia nuestros escritores mas elocuentes y mas distinguidos por su talento y por la elevacion de sus ideas y sentimientos, reverencian y defienden la religion.

Es cierto, por último, que en todas las clases de la sociedad, así en las aldeas como en las ciudades, se encuentran hombres indiferentes enemigos de la religion, impíos declarados, y aun algunos muy furiosos; pero al mismo tiempo los pueblos estan ya generalmente cansados de impiedad y de desenfreno. Si, señores, por todas partes se los nota hallarse ya fatigados de turbulencias anárquicas, disgustados de esas maximas engañosas que prometian la felici-

dad, y solo han producido calamidades; y por todas en fin, se manifiesta un amor inmenso al reposo, disposiciones preciosas para saber apreciar estas doctrinas morales y religiosas que son el verdadero apoyo del orden y de la tranquilidad pública. ¿Qué hemos visto además de algunos años á esta parte? Ciudades y provincias enteras han despertado de un extremo á otro de la Francia al sonido de la trompeta Evangélica; y léjos de mostrarse enemigas de la palabra santa, se han manifestado sedientas de ella, y han colmado de bendiciones á los que que se la anunciaban, sin que entre tantas ciudades, grandes y pequeñas, como han sido evangelizadas haya habido mas de una, de que los obreros evangélicos hayan tenido que alejarse por los frenéticos clamores de un puñado de facciosos. Por todas partes han sido llamados, deseados y recibidos con entusiasmo para la enseñanza de la niñez esos modestos maestros conocidos con el nombre de *hermanos de la doctrina cristiana*, en todas se ha favorecido la propagacion de esas sociedades, así antiguas como modernas, de Hijas de la caridad dedicadas á la enseñanza de las niñas, y en todas se han formado santas asociaciones para el socorro de los pobres, de los presos y de los huérfanos.

nos desamparados; en todas partes ha contribuido la caridad de los fieles á fundar escuelas preparatorias para el sacerdocio; y limosnas copiosas han suavizado en todos puntos los males causados por la intemperie de las estaciones ó por otras plagas. ¿Y no deberémos ver en todo esto mas bien señales consoladoras de reanimarse la fe, que los tristes síntomas de acabarse la religion? Aun arde en la Francia y circula por sus venas ese fuego divino de la caridad, carácter distintivo del cristianismo; y que si llega á tomar nuevo incremento, hará de ella una tierra de bendicion. Yo ignoro por qué medios acabará su obra la Providencia. ¿Quién hubiera previsto hace seis meses que habíamos de estar hoy en el estado en que nos hallamos? Pero unos milagros llaman otros milagros, y la mano que ha dado á la sociedad este impulso hácia el bien, le continuará á pesar de todos los obstáculos. Yo no diré de qué medios se servirá para el cumplimiento de sus designios; pero sí, que se ha explicado bastante á favor de la religion, para deber nosotros esperar su triunfo. En nada tengo los proyectos, las amenazas y las conjeturas de sus enemigos; ellos han sido confundidos, y lo serán tambien en adelante: la fe da frecuentemente acerca de lo futuro luces que

no tiene la sabiduría humana. Citaré algunos ejemplos. Cuando Pio VI, aquel pontífice de inmortal memoria, fué arrebatado de sus estados y arrastrado cautivo hasta el seno de la Francia, donde debia acabar su vida, la impiedad se llenó de gozo, y felicitó públicamente al género humano por haberse roto para siempre el cetro de la supersticion; pero el católico mas ignorante sabia en esto mas que todos los supuestos sabios, y se burlaba de sus vanas predicciones. Dios llama del fondo del Norte guerreros que libertan la Italia, y en medio de una calma profunda se nombra el sucesor de Pio VI. Una maquinacion meditada al parecer con mas profundidad y prevision, le hace tambien cautivo de un conquistador desapiadado; repítense las mismas voces de alegría en el campo de los impíos; pero se renuevan tambien las esperanzas de parte de los fieles. Dios saca de los tesoros de su sabiduría recursos imprevistos, y despues de cinco años de destierro y de padecimientos vuelve Pio VII á la capital del mundo cristiano. No hace mucho tiempo que nuestros enemigos profetizaban contra el altar y el trono; nosotros les deciamos que la Francia no queria renunciar, ni á su Dios, ni á sus reyes, y que veriamos milagros; los hemos visto en efecto, y los

veremos todavía. Si, la Providencia se ha explicado por medio del nacimiento de un príncipe tan deseado y tan necesario; la Francia entra en una nueva carrera de gloria y de prosperidad; por ella marchará bajo de la bandera de la cruz y de las lises; y miéntras que merezca ser llamada el reino cristianísimo, no dejará de ser una de las mas florecientes monarquías del universo.